

jeros y que sabian que habian caido ya ya dos, y no era prudente que yo me fuera por allí. Al escuchar semejante parecer, me decidí desde luego á emprender el viaje por el Estrecho, aunque me cuesta el pasaje en el vapor inglés la friolera de trescientos pesos, mas del doble de lo que cuesta ir á Europa de Buenos Aires ó de Rio Janeiro; pues yendo de alguno de estos puertos al Havre ó á San Nazario, cuesta el pasaje en primera cámara ciento veinte pesos, y si es á Marsella ó á Génova, ciento cuarenta; siendo la distancia de América á Europa de veinticuatro ó veintiseis dias; miéntras que de Valparaiso á Buenos Aires, apénas hay diez. Pero, ¿sabes por qué vale tanto este pasaje? porque solamente hay una línea y los capitanes de estos vapores abusan pidiendo un exceso á los viajeros.

En fin, amiga querida, á poco de que llegue á Buenos Aires te escribiré, contándote todo lo que vea en el camino que voy á emprender. Adios.

Buenos Aires, Mayo 25 de 1879.

MARIA:

El dia 7 del presente salí de Valparaiso á las doce del dia, no sin dejar con tristeza este hermoso puerto, el primero sin duda de todos los del Pacífico.

En los primeros dias de navegacion, aunque el mar no estuvo muy bonancible, se disfrutaba de tranquilidad y se hacia soportable el viaje; pero al ir terminando las costas de Chile, y como tres dias ántes de entrar al Estrecho, la cosa fué de otro modo, y ya el as-



pecto del mar era imponente, que elevaba sus ondas á una altura considerable y amenazaban tragarse nuestro vapor.

Con alguna frecuencia se sentían los embates de las olas que, haciendo vibrar el buque, parecía recibir en sus costados una bomba de grueso calibre, y eran, lo que vulgarmente se dice en términos marinos, «los golpes de mar.»

En todas las demás circunstancias azarosas de la vida del hombre, éste adquiere con el tiempo cierto aplomo ó sangre fría, que le hace ver con serenidad los momentos del peligro y hasta llega á habituarse con él; pero respecto de la navegación, creemos que es otra cosa, al ménos á los que no somos marinos de profesion, porque si se quiere, en las primeras veces que uno se lanza á los mares sobre la frágil tabla de un buque, la grata emoción de un viaje y el ardiente deseo de ver un país desconocido, le hacen olvidar los muchos é inminentes peligros de que está rodeado, bien por un temporal, un incendio ó un

choque, y se camina muy tranquilo sin pensar en nada de esto; pero mas tarde, cuando se reflexiona con detención en todos estos inconvenientes, cuando se ve uno rodeado de esa inmensidad de agua que hierve debajo de los piés, cuyas olas amenazan tragarlo impulsadas por el viento; cuando uno considera que aunque la embarcación sea de colosales dimensiones y entren en su construcción el acero y el hierro y tenga de éste una fortísima coraza, pero que sin embargo es un átomo en medio del mar y el juguete de sus ras; cuando se considera que arde un volcan en el corazón del buque ó que el mas mínimo descuido por una luz caída ó una colilla de cigarro votado sin precaución, causan un incendio; cuando se piensa que bien de día ó á la media noche, en el supremo goce del sueño mas profundo, un choque contra una roca ú otro vapor, ponga fin al que sustenta centenares de individuos, contándose uno en su número: cuando, por último, se recuerdan las mil relaciones é historias de naufrá-



jestad; y aunque el frío era intenso, sin embargo, convidaba á detenerse, y á medida que avanzábamos, descubrimos nuevas y fantásticas alturas, algunas tan perpendiculares, que parecían inclinarse sobre las aguas.

Lo mismo acaecía en las diversas latitudes del Estrecho, que se ensanchaba por diversos puntos hasta dos y tres leguas, especialmente en Punta Arenas, en donde el vapor hizo noche para seguir á otro día á las seis de la mañana.

Seguia la decoracion del lugar y seguian las sublimes impresiones; me parecia estar en el confín del mundo, en una soledad en la que no debia respirar sér alguno; sin embargo, decia yo; á mi derecha está la Tierra del Fuego, en donde alientan algunos hombres hijos de la naturaleza, que no han recibido el bautismo de la civilizacion. Despues volvia la cara á la izquierda y pensaba, que á través de esa parte, pero majestuosa y salvaje, estaba la Patagonia, y hay tambien hombres allí que no

sólo soportan los rigores del clima, sino las privaciones de una vida errante por la persecucion sistemada de dos naciones limítrofes, que á título de civilizadas, se creen con derecho á despojar á otros hombres que la naturaleza los lanzó á una tierra inculta privada de la sociabilidad de las demás, para adquirir las inapreciables ventajas de la civilizacion.

¿Quién creyera que las épocas son iguales para la ambicion y rapacidad de algunos pueblos?

Y, ¿quién creyera, repitimos, que las escenas de la fuerza bruta de los pasados siglos se repitieran en pleno siglo XIX?

Pues es así.

Los ingleses, los rusos, los americanos y otras naciones fuertes, usurpan el territorio de sus vecinos dizque para civilizarlos, para contenerlos en el avance de su disolucion, como á México; bien así, como si fueran responsables de los actos de esas entidades que no necesitan de la tutela de sus *patronos*,



gios periódicos que han causado la pérdida de muchas vidas, á pesar de los adelantos en la náutica, y que estos son nulos ante la potencia de los mares, estas consideraciones, decimos, hechas sobre el frágil leño de un buque, hielan la sangre, y cualquier ligero vientecillo, un ruido extraño, alarma y hace creer llegada la hora de un naufragio.

Por esto creo que la práctica de los viajes por mar, léjos de traer serenidad y costumbre, mas bien reporta pavor y desconfianza.

Por mí sé decir que en los primeros viajes no experimentaba temor alguno, al paso que en los últimos no tengo mucha serenidad y cualquier pequeño incidente me llena de zozobra.

Después de tres días con sus noches, con una mar borrascosa, por lo que fué preciso cerrar todas las ventanas y boquetes del vapor por el intenso frío que hacía y el agua que penetraba, como por encanto se experimentó un bienestar inesperado; no se sentían ya las oscilaciones del vapor ni se escuchaba

otro ruido que el de los criados que penetraban á los camarotes, armados de unas tenazas de hierro.

Sorprendido pregunté á uno de éstos:

—¿Qué es lo que sucede?

—Estamos en el Estrecho ya, me contestó alborozado.

Acto continuo, me precipité á la ventana ya abierta de mi camarote y se me presentó á la vista el espectáculo mas imponente y seductor.

Miraba las dos largas cordilleras de montañas que á derecha é izquierda forman las riberas del gran río, que da comunicacion á los dos mares, al Atlántico y al Pacífico.

Estas montañas agrestes están seguidas una tras otra, como gigantes en batalla, cuyas frentes tocan las nubes, sus formas son fantásticas y cubiertas de nieve hasta la mitad de su altura, que encerraban nuestro buque con un anillo de hielo.

Salí á cubierta, en donde ya los pasajeros contemplaban extasiados aquel conjunto de imponente y agreste ma-



jestad; y aunque el frío era intenso, sin embargo, convidaba á detenerse, y á medida que avanzábamos, descubriamos nuevas y fantásticas alturas, algunas tan perpendiculares, que parecían inclinarse sobre las aguas.

Lo mismo acaecía en las diversas latitudes del Estrecho, que se ensanchaba por diversos puntos hasta dos y tres leguas, especialmente en Punta Arenas, en donde el vapor hizo noche para seguir á otro día á las seis de la mañana.

Seguía la decoracion del lugar y seguían las sublimes impresiones; me parecía estar en el confin del mundo, en una soledad en la que no debía respirar sér alguno; sin embargo, decia yo; á mi derecha está la Tierra del Fuego, en donde alientan algunos hombres hijos de la naturaleza, que no han recibido el bautismo de la civilizacion. Despues volvia la cara á la izquierda y pensaba, que á través de esa parte, pero majestuosa y salvaje, estaba la Patagonia, y hay tambien hombres allí que no

sólo soportan los rigores del clima, sino las privaciones de una vida errante por la persecucion sistemada de dos naciones limítrofes, que á título de civilizadas, se creen con derecho á despojar á otros hombres que la naturaleza los lanzó á una tierra inculta privada de la sociabilidad de las demás, para adquirir las inapreciables ventajas de la civilizacion.

¿Quién creyera que las épocas son iguales para la ambicion y rapacidad de algunos pueblos?

Y, ¿quién creyera, repitimos, que las escenas de la fuerza bruta de los pasados siglos se repitieran en pleno siglo XIX?

Pues es así.

Los ingleses, los rusos, los americanos y otras naciones fuertes, usurpan el territorio de sus vecinos dizque para civilizarlos, para contenerlos en el avance de su disolucion, como á México; bien así, como si fueran responsables de los actos de esas entidades que no necesitan de la tutela de sus *patronos*,



que es la máscara que encubre su rapacidad; pero, ya se ve, estamos en el mundo y «el pez mas grande se come al mas pequeño:» esta es la ley del mas fuerte.

Seguimos muy contentos nuestro camino, hasta que dos dias despues salimos del Estrecho y entramos al Atlántico.

Pensamos los pasajeros que en este mar se renovarían las escenas del Pacífico en cuanto á vislumbrar conatos de naufragio, montañas de agua y zozobras; pero fué todo lo contrario; en éste llevamos buen tiempo, hasta que en la mañana del 19, á las cinco, divisamos á Montevideo.

Pero como se hace ya larga esta carta, me reservo en la siguiente hablar de esta ciudad.

Buenos Aires, Mayo 28 de 1879.

QUERIDA MARÍA:

Héme aquí dispuesto, amiga mia, á trasmitirte mis impresiones sobre Montevideo, que me supongo no te serán muy desagradables.

Como eran las cinco de la mañana cuando atracó el «Mossela» en la bahía, un poco distante de Montevideo, desde este lugar vejamos á la ciudad envuelta en un sudario de trasparente gasa, cuyas torres y altos edificios aparecían aquí y ahí, manifestando claramente una capital verdaderamente populosa.



A poco comenzaron á llegar los botes, y los pasajeros se dispusieron con sus equipajes para salir del buque. Yo hice otro tanto y á las nueve pisaba el muelle, dirigiéndome acto continuo al centro de la ciudad.

Las calles de ésta son bonitas y rectas en su mayor parte, aunque no muy anchas; hay muy buenos edificios y bastante movimiento comercial, bien que es el puerto de la República del Uruguay y tiene que ser así.

Al llegar al centro, me encontré en una plaza de regulares dimensiones, circundada de buenos almacenes y otras casas de comercio; mírase en uno de sus lados, mirando al Oeste, la catedral, edificio elevado, que aunque no es de una arquitectura notable, contribuye, sin embargo, á hacer grandioso el conjunto.

Siguiendo de frente al Oeste, se entra á una calle que comunica á la gran plaza de armas, que tiene una extensión considerable y podrá ser tan grande como la de la capital de México. Al des-

embocar á ella, se nota un no sé qué de grandioso y alegre, porque además de los árboles y asientos de fierro de que está circundada, se abarcan las avenidas de otras calles al frente y á los lados, el horizonte despejado por su misma extensión.

A poco de entrada á esta plaza y de recorrer las hermosas tiendas que la circundan, algunas de ellas de pinturas, entre las que ví las de una señorita de de Montevideo bastante notables, tomé un wagon que marchaba por la calle real, que parte del centro, y me instalé en él para que me condujese á la ventura y me hiciese conocer las calles que recorría.

En efecto, iba yo mirando á derecha é izquierda los edificios, entre los que sobresalian algunos por la belleza de su fachada ó por su aseo y buen gusto en su pintura mural; cuando pasaba yo por las bocacalles trasversales, tendia la vista hácia ellas y en su confin se veian arboledas frondosas y bonitas situaciones; señal clara de que los alre-



dedores de la ciudad debian ser agradables y ricos de vegetacion.

Despues de haber recorrido algunas calles á pié y en wagon, me dirigí al Teatro de Solís, que está situado en el ángulo Nordeste de la plaza de armas, á una cuadra de distancia. Como yo no debia permanecer en la ciudad sino un dia, porque en la noche debia partir para Buenos Aires, no podia ver ninguna representacion y por consiguiente dejaba de conocer el teatro. Por esta circunstancia me propuse verlo de dia; así es que me lo hice abrir, dando una pequeña propina al portero.

La fachada del teatro de Solís, forma un semicírculo saliente y dos rondas en sus extremidades, con una hilera de columnas en su frente.

El interior está regularmente decorado y sus dimensiones son poco mas ó ménos como las de nuestro Teatro Nacional, pero es un poco mas bajo, porque tiene una línea ménos de palcos.

Adyacente al Teatro de Solís, está el Museo de pinturas, rico en cuadros

de la escuela europea; pero mas aún de artistas uruguayos de los que se han formado en el país y de los que han estado pensionados en Roma.

De uno de éstos, llamado Blanes, que seguramente ha sido uno de los mas aprovechados, ví varios cuadros, entre ellos uno de colosales dimensiones que representa "Los treinta y tres," episodio de la independecia, en el que se miran treinta y tres heroes tremolando la bandera de la República y vitoreando la libertad. Esta escena pasa en el centro de un espeso bosque y, respecto de su ejecucion, no deja qué desear, porque el movimiento de las figuras corresponden á la expresion de las cabezas y á la totalidad del conjunto; la escuela que domina en este hermoso cuadro es la francesa.

Una cosa me causó gusto y tristeza al mismo tiempo: gusto, por saber que este cuadro y la mayor parte de los que colgaban en las galerías habian sido ordenados ó comprados por los gobiernos del Uruguay; y tristeza, porque recordé



que en mi país no se hacía una cosa semejante y nuestros gobiernos no habían ordenado ni comprado jamás un solo retablo, prueba de que no habían protegido el arte.

El cuadro de "Los treinta y tres" costó treinta y cinco mil pesos.

Hé aquí una bonita recompensa al talento y al autor descansando con esta respetable cantidad de las tareas del estudio y estimulado para seguir pintando cuadros de mayor mérito que el referido.

Efectivamente, poco más allá, en el mismo muro, se admira otro cuadro del mismo artista, que representa "La fiebre amarilla en Buenos Aires," hará unos diez años.

Esta pintura consta de cinco figuras, y tres de ellas representan la escena más desgarradora que darse pueda, porque en el rincón de un miserable cuarto yace el padre de una familia, exánime en su pobre lecho, mientras que la esposa, en primer término, se mira inclinada sobre el cuerpo moribundo de

un hijo pequeño, que parece comunicarle la vida que se le escapa con su aliento: en la puerta del cuarto, hacia el fondo, se hallan dos personajes, uno de ellos el médico y el otro un amigo que lo acompaña, que, al ir á penetrar al interior, les sorprende dolorosamente aquella escena de dolor y quedan abismados contemplando el grupo de la madre con el hijo. Un rayo de sol penetra, hiriendo un tercio de las figuras de los visitantes y llega hasta una parte del pavimento, alcanzando á bañar la espalda de la mujer. ¡Oh! es un bello cuadro éste y vale muy bien los ocho mil pesos que el gobierno pagó al gran artista Blanes.

De otros muchos cuadros te podría hablar, María, si no fuera porque esta carta tomaría el carácter de una revista, por lo que basta con los que he mencionado.

Dos días á la semana están designados para que el público visite ese Museo, que siquiera es algo, para que se instruya y vaya cultivando el gusto por